

## TESTIMONIO

Me llamo Haydee Cueva, peruana y española. Resido hace diez años en estas tierras.

En España, como muchas mujeres que venimos de fuera, empecé trabajando como empleada del hogar, cuidando niños de algunos de mis amigos.

Desde el año 2003, pertenezco a la comunidad de Caná, en Madrid. Allí viví la experiencia fundamental de ser acogida. Sentí que la comunidad iba acompañando ese proceso de soledad y vacío, que sentimos muchos cuando llegamos a tierras lejanas. A pesar de tener en España familiares, busqué la comunidad como un espacio donde vivir mi fe. Descubrí que, a pesar de ser personas de modos y criterios tan diferentes, había en ellos un lenguaje común. Ese lenguaje que nos hace buscar a «Dios en todas las cosas», de ser «contemplativos en la acción» que nos hace «discernir y buscar el bien mayor» ese *magis* en el servicio y la disponibilidad. Descubrí que la espiritualidad ignaciana iba acompañando todo mi proceso de fe.

En este contexto de acogida, fui familiarizándome con la comunidad, integrándome, participando activa y comprometidamente. En ejercicios espirituales y en mi día a día preguntaba: Señor, ¿cómo buscarte en esta nueva tierra?

En estos diez años de estancia, he visto que las leyes migratorias se han ido endureciendo en España, olvidando tal vez lo que nos dijo el papa Benedicto XVI: «Todo emigrante es una persona humana y, como tal, posee derechos fundamentales inalienables que deben ser respetados por todos y en cualquier situación».

A veces, tenemos una doble mirada sobre los emigrantes: por un lado el emigrante, el de los mil rostros que enriquece a la ciudad, a la Iglesia, y por otro lado el emigrante en cuanto excluido, y en cuanto provocación para nuestra indiferencia.

Como Iglesia, estamos llamados a denunciar todo abuso e irregularidad y hacer que los diversos responsables cumplan con su obligación de garantizar a toda persona que vive entre nosotros, su dignidad y sus derechos fundamentales. Recordad que el emigrante es un hijo de Dios.

Desde el año 2008 formo parte del Equipo de Migraciones de las CVX (Comunidades de Vida Cristiana). Este Equipo tiene una trayectoria que se remonta al año 1999, cuando las comunidades nacionales de CVX Europa, reunidas en Asamblea, en Eslovenia, decidieron dar prioridad a la promoción de la justicia en favor de las personas marginadas.

La razón de ser del Equipo de Migraciones es servir, acompañar y defender a los migrantes.

Estamos ante una realidad innegable: «España ha cambiado su rostro», es un país de «todas las sangres». Como tal, acoger al extranjero es acoger «los rostros de Cristo», miles de rostros a los que hay que servir, acompañar y defender. Nos urge la solidaridad que nace de la fe y de la construcción del reino de Cristo.

Yo fui acogida por una comunidad y fui integrada a ella. Yo quisiera que esa “hospitalidad” la vivan muchos de nuestros hermanos que vienen a estas tierras.

Termino con las palabras del obispo de Albacete, Mons. Ciriaco Benavente Mateos, quien ha escrito recientemente: «Las dificultades de los inmigrantes ofrecen a la Iglesia la oportunidad y reclaman de ella la obligación de ejercer de Buen Samaritano que cure sus heridas, les ayude a levantarse y a recobrar la conciencia de su dignidad, camine con ellos, les proporcione hogar, promueva una cultura hospitalaria que favorezca por parte de todos la ayuda que se les presta en la acogida y les preste algo de su propia vida y riqueza».